



EL OFICIAL DE GUARDIA.

DESPUES de haber mandado toque de silencio, el oficial de guardia echó una mirada al patio del cuartel: no habia nadie. Se asomó á las escaleras que conducen á los dormitorios de la tropa: no habia nadie. Alzó los ojos á la terraza: nadie tampoco. Dió un vistazo al porton: estaba cerrado. Hizo una visita al cuerpo de guardia: estaban todos. Los faroles del patio y los de los corredores hallábanse encendidos. Los centinelas encontrábanse en su puesto. Todo estaba en órden, todo tranquilo: el regimiento dormia. ¿Qué le faltaba hacer al oficial de guardia? Nada, dormir tambien y eso es lo que se propuso. Volvió los ojos alrededor una vez más; miró arriba, miró abajo, se acercó á la puerta de la cantina, la tentó con

la mano: estaba cerrada; aproximó el oído: nada se oía.

—Ahora puedo ir á dormir,—dijo entre sí, y se dirigió hácia su pabellón. Murmuró primero algunas palabras al oído del sargento de turno:—¿Lo entendeis, eh?—y habiendo tenido por contestación un respetuoso—«no tengais cuidado,»—acompañado de un movimiento de la mano hácia el pecho, en actitud de concienzuda promesa, entró, cerró, quitóse el kópis, el sable y la bandolera, acercóse á la cama, arregló el embozo de la sábana, y llevó la diestra mano al primer botón de la levita...—Pero, ¿y la ronda?—pensó, haciendo un ligero movimiento de cabeza, como si dirigiese la pregunta á otro; y tomando la luz con ademán de despecho, fué á plantarse, tieso como un palo, ante la tablilla de la *orden del día*, colgada en la pared, bajo el retrato del rey. Puso el índice en medio del papel, y comenzó á seguir las líneas, leyendo rápidamente y masticando las palabras de un modo inarticulado y confuso, hasta que se detuvo de pronto y pronunció con voz clara:—*Ronda en el interior del cuartel, á las once.*—¡Uf!—añadió de pronto, volviéndose hácia la cama y dejando violentamente el candelero sobre la mesilla; y permaneció en pié, inmóvil, rígido, con los ojos fijos en la almohada y las manos en actitud de desabotonar la levita.

—¡Ronda, ronda! púsose á decir despues, ha-

ciendo salir lentamente los botones uno por uno de sus respectivos ojales.—Despues de haber estado en pié todo el día, despues de haber corrido de acá para allá, de arriba á abajo, sin un minuto de descanso, despues de haberse quedado sin voz, gritando y porfiando desde la mañana hasta la noche, llega por fin la hora de dar algo de descanso á los huesos en ese lecho fermentado y gustar un momento de reposo... pero, no señor, ahora hay que pensar en la ronda: y ¿á qué hora? ¡á las once! Preciso es coger uno la linterna, y si no tiene otra faena, ponerse á recorrer y registrar todo el cuartel, á vigilarlo y acecharlo todo, para que los soldados, sin excepcion alguna, estén metidos entre sábanas, para que la cantina esté bien cerrada, para que no se abra el portón, para que nadie se asome á las ventanas...

Diciendo así, había tirado la levita sobre una silla junto á la cama.

—Pero yo tambien soy de carne y hueso, como todos los demás, y no quiero dejar el pellejo en el servicio. ¡Oh! no, de seguro. Continuar de este modo es imposible. La verdad es que ni tan siquiera hay tiempo para comer, y ahí está la *orden del día*, que lo puede probar. Nada mas fácil... (Y los pantalones habían ido á hacer compañía á la levita.)

—Nada mas fácil que expedir una *orden del día*, sentado á la mesa con un buen almuerzo en el

cuerpo y un rico habano en la boca: no hay cosa mas fácil. El que está debajo es el que se fastidia. Que un pobre oficial de guardia no tenga tiempo de respirar, ¿qué les importa á esos señores? ¡Que se fastidie! Pero, bien pensado... (Y las botas habían ido á parar bajo la silla, donde yacian ya levita y pantalon.)

—Bien pensado; ¿quién ha de llegarse por aquí á esta hora, á las diez? ¿A quién se le ha de ocurrir el disparate de venir á ver si hago la ronda ó no la hago? Por ahí fuera hace un frio de mil diablos y un viento que corta la cara. Después, buena está la calle para romperse la crisma á cada paso. El coronel vive al otro extremo de la ciudad y no es aficionado á dar sorpresas. El comandante de servicio... ¡Oh! ese es casado... y no hay peligro de que salga de casa. El capitán de inspección se halla á estas horas jugando su partida de tresillo, y no le ocurrirá la extravagancia de llegarse por estos andurriales; y después aunque viniese... tiene que llamar... (Entre tanto se había metido en la cama todo trémulo de frio, y acurrucándose y revolviéndose muellemente bajo la manta, entreabria los labios con una risita de voluptuosa pereza.)

—Tiene que llamar para que le abran, y antes de que el cabo de guardia le oiga, y acuda á la puerta, y encuentre el agujero de la cerradura, y abra, pasan cinco minutos y tengo tiempo para

vestirme bien ó mal, correr á la puerta, abrirla, coger el farolillo del cuerpo de guardia, meterme en los dormitorios para representar mi papel... (Y al decir esto dió un soplo y apagó la luz, echóse la cubierta á la cabeza, se volvió de lado, buscó una postura cómoda, y cerró los ojos pensando:—Meterme en los dormitorios para representar mi papel.)

—¡Oh! ¡qué gusto es echarse en la cama después de haber corrido todo el día como un azacán! ¡Oh! qué oficio tan divertido! ¡Y pensar que con toda mi buena voluntad nunca logro reconciliarme con el insufrible capitán! ¿La carne está cruda? pues mia es la culpa. ¿Las escaleras están súcias? pues yo tengo la culpa también. ¿Los dormitorios están desarreglados? yo he de ser siempre el culpable... No es maleja esta cama... Y á creer á algunos caballeritos, nosotros somos unos zánganos, que no hacemos otra cosa que llenar de humo los cafés y acosar á las muchachas. Venid, venid, á ver la vida que llevan los zánganos... Y á fe que la paga es buena... y ahora, con el descuento...

Poco á poco, divagando en aquella defensa de la pereza, los pensamientos y las imágenes se le fueron mezclando y confundiendo. El capitán, el comandante, la mujer del comandante, la paga, el descuento, se revolviéron en una extraña mescolanza, que se desvaneció lentamente y que vino

á parar en un sueño profundo. Pero no se había dormido sin algo de inquietud, sin un poco de remordimiento. Cada vez que se le venía á las mientes la idea de la ronda, sentía una opresión interior, lo mismo que le sucede al muchacho díscolo, que falta á la escuela para ir con sus camaradas á hacer novillos. La imágen del maestro y de su madre se le presenta á cada paso y lo atosiga, y cuanto más quiere apartarla de sí, más importuna vuelve como zumbona mosca.

Soñó; comenzaron á pasarle por la imaginación uno tras otro aquellos diez ó doce soldados revoltosos que en todos los regimientos logran fama por sus escapadas nocturnas, por las barahundas que mueven, y le parecía que cada uno de ellos, al pasar, le murmuraba al oído: *Duerme, duerme, que hoy te la pego*. Y al decir esto desaparecían, y cruzaban también ante sus ojos, con el cigarrillo en la boca, un ramillete de flores en la mano, los más elegantes y relamidos alféreces del regimiento, los que llevan el képis caído sobre la oreja, y tienen dos ó tres novias en la ciudad, y cuando pueden hacer de las suyas, á la luz de la luna, no lo piensan dos veces; y le parecía que cada uno de ellos, al pasar, le decía con refinada sorna: *Duerme, duerme, que hoy te la pego*. El mismo sargento de guardia, que poco ántes le había contestado aquel respetuoso *no tenga V. cuidado*, y hecho aquel ademan tan tran-

quilizador, parecíale notar que le resplandecían los ojos maliciosamente, y que bajo sus bigotazos había encorvado los labios de una manera sospechosa, como diciendo: *Vé, pues, á dormir que hoy te la pego*. Y pasando de una cosa á otra, imaginaba encontrarse en medio del patio, dentro del cuartel, y miraba alrededor atentamente, para ver si estaban los centinelas en su puesto. Todos estaban. En esto descubrió á uno que no le era desconocido, un soldado de su compañía, el más torpe, perezoso y holgazán, y por añadidura, corto de vista y duro de oído. ¡Vaya una ocurrencia! pensaba, parece que han puesto ahí adrede á ese zopenco, que para nada sirve; y lo espía. El centinela sacó las narices fuera de la garita, miró á diestra y siniestra, por si venía alguien, dejó el fusil en un rincón, envolvióse bien en el capote, se sentó, dobló la cabeza sobre las rodillas, y se quedó dormido. El oficial se irritó tanto en sueños contra aquel dormilón, que se le acercó calladamente, lo cogió de una oreja, abrió la boca, y una imprecación...

En aquel punto parecióle sentir leve rumor sobre su cabeza y levantó los ojos á las ventanas. De una de ellas bajaba, moviéndose confusamente, una cosa negra, que se fué alargando, y llegó á tierra: era una cuerda. Después de acompañarla con los ojos hasta el suelo, los dirigió á la ventana. Vió aparecer una cabeza, dos hombros,

todo un cuerpo humano, dar una vuelta sobre sí mismo, cogerse á la cuerda, bajar y desaparecer; y echó á correr tras de aquel fugitivo. Ya está cerca de él, ya lo alcanza, ya extiende las manos para agarrarle la ropa...

En aquel instante tropieza con una puerta, la puerta de la cantina. La toca ligeramente con la mano, y cede. ¡Oh! ¡qué alboroto! Un estruendo de platos, un continuo chocar de vasos y botellas, una confusion de voces roncás y disonantes, una Babel de canciones y blasfemias, y un olor á tabaco, que le hace retroceder. Detiéndose un momento, empuja otra vez la puerta, y se abre. ¡Qué espectáculo! La estancia está repleta de soldados, unos vestidos, otros en paños menores, otros con el capote en los hombros, á guisa de mantilla española, y la gorra tapando el cogote; unos sentados sobre las mesas, otros cabalgando en los bancos, ó tendidos en el suelo, los ojos resplandecientes, vidriosos ó estupefactos, y los semblantes encendidos; unos estaban alegres, otros enteramente borrachos; unos soñolientos, otros profundamente dormidos; algunos probaban á ponerse en pié y caian pesadamente sobre los bancos y las sillas; algun otro, que lograba sostenerse sobre sus piernas, andaba tambaleándose, tropezando con las mesas y derribando vasos y botellas. En todas partes gran movimiento de mugrientos naipes, y un manoteo á

modo de cabalístico conjuro, y gritos y carcajadas, y todo ello envuelto en una nube de humo tan espesa que en diez minutos quedaria cualquiera asfixiado...

—¡Fuera, fuera,—le parecia gritar en sueños al oficial,—sargento, apuntad el nombre de todos los que están aquí, y ponedlos á buen recaudo!...

En aquel momento parecióle oír detrás un ruido como de pesada puerta que lentamente girase sobre sus goznes. Volvióse; miró en torno, y vió que estaba en el corredor de entrada, cerca de la puerta del cuartel. Una sombra negra sospechosa avanzaba rasante al muro, como figura de bajo relieve ambulante; daba dos pasos, se detenia, y al poco rato volvía á andar, y se paraba de nuevo, como si temiera algo. Llegó á la puerta, tosió, y apareció al umbral del cuerpo de guardia otra figura como la primera, recelosa y solitaria. Cruzaron pocas palabras en voz baja, la puerta se abrió despacio, muy despacio, y uno de los dos desapareció.—¡Ah! lo reconocí—pensó el dormido oficial.—Es el sargento de la 8.^a—y se volvió, y vió á otro, y detrás de este un tercero, y despues un cuarto.—El sargento de la 5.^a, el furriel de la 6.^a, el furriel de la 3.^a—¡Ah, traidores! pensó gritar,—al arresto todos, todos arrestados. ¡Sargento de guardia, sargento!...

En aquel instante le pareció que tropezaba su mano con alguna cosa flexible, que cedía y se ahon-

daba. Se vuelve: es una cama. Detrás de aquella, otra, y despues otra, y otra, una larga fila de camas. Mira alrededor, y advierte que está en un dormitorio. Una mezuquina luz, en el fondo del aposento, ilumina confusamente los objetos. Todo estaba en silencio. Hubiérase oído el vuelo de una mosca. De pronto, uno de los durmientes, comienza á roncar: moderadamente al principio, despues con mayor sonoridad, y finalmente con un estruendo que se oiria desde la calle. Algunos se despiertan, uno que estaba cerca extiende los brazos, se restrega los ojos, y salta del lecho, gritando:—Diablo, ¿no podrias dormir como duermen los cristianos?—Nada, no se da por entendido el roncador.—¿No lo entiendes? ¿No puedes dormir como los cristianos?—le grita más fuerte el vecino. Nada, es como si hablase á la pared.—Ahora verás como te ajusto las cuentas, —y diciendo y haciendo, se le echa encima, le coge con ambos brazos, y lo sacude tan gentilmente, que se descoyunta su cama y se estremecen las de uno y otro lado. El roncador se mueve, se despierta, abre un poco los ojos, comprende la situacion, se pone en pié de un brinco y tira la almohada á la cabeza del importuno. Este le responde con un puñetazo, el otro replica de igual manera, acude un tercero en discordia á sostener al más debil; un cuarto vuela en defensa del primero, empéñase la batalla, saltan todos de la

cama, crece el tumulto, apágase la luz, las filas se confunden, cruge un vidrio hecho pedazos, caen los jergones de la cama, vuelan las tablas por el aire, ya están los fusiles en las manos... El pobre oficial, aturdido, convulso, ciego de ira, quiere arrojar de sus pulmones un grito poderoso, que cubra aquel tumulto de los infiernos, y se incorpora en la cama para lanzarse en medio de la lid...

En aquel punto, oyó repicar valientemente á la puerta, y parecióle que le llamaban por su nombre. Anheloso, palpitante, cubierto de sudor, se sentó como pudo, y atendió, conteniendo la respiracion.

—¡Teniente, mi teniente, el capitan de inspeccion!—dijo otra vez aquella voz.

—Dios mio, pronto, los calcetines, los calcetines, ¿dónde están los calcetines? No, no importa; los pantalones... ¿Dónde están? ¡Ah! Aquí están... Pronto, las botas, ¡uf! no pueden entrar, á ver, ¡ah! ya están. La levita, un brazo, el otro... Ya está la levita; el sable... ¿pero dónde demonios estará este sable? La bandolera, sí, ¿dónde estará ahora la bandolera?... ¡Ah! ya está aquí, ya estoy...

Y así, á medio vestir, con la levita desabrochada, sin calcetines, sin corbata, llegóse tiritando á la puerta. Abrió, miró quien era, y vió... Vió al capitan de inspeccion, en pié, inmóvil,

tieso, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la visera del k epis calada sobre los ojos, y los ojos fulgurantes bajo el entrecejo, y el entrecejo fruncido y amenazador.

—¿Habeis hecho la ronda?

*
* *
*

Ahora pregunto: ¿qué es peor, tener un sueño de este jaez,   atrapar un resfriado haciendo la ronda y aunque sea hacerse algun cardenal al tropezar en las tinieblas con una mesa   una cama desarreglada? Yo estoy por el cardenal y el resfriado, y creo que la mayoría de los lectores estará conmigo.



HOSPITALIDAD.



BIERTA noche de Octubre del año 1866, un regimiento de infantería fué sorprendido   mitad del camino, entre San Donnino y Plasencia, por un aguacero tan fuerte, que en pocos minutos los soldados, estuvieron calados hasta los huesos, convirtiéndose en pantano la carretera. Serian las nueve de la noche. Los soldados con la cabeza y los hombros envueltos en las mantas de camino y los lienzos de las tiendas, seguian la marcha lenta y difícilmente, y ninguno hablaba. Al poco rato el regimiento se detuvo. La mayor parte de los soldados se guareci  como pudo en las márgenes y los setos de los campos, y otros bajo los árboles que flanqueaban el arrecife.

Tronaba y relampagueaba horriblemente.